

LAS LIMOSNAS

El padre Pascual, un italiano encorvadito de tan viejo, de lustrosa calva, pero chispeantes ojos negros, era el cura párroco de General Nuño, un pueblecito situado en el sur de la provincia de Santa Fe, cara al Paraná que lo arrullaba.

El arrullo del río quizás lo adormeciera demasiado, pues General Nuño era un pueblecito calmoso y triste, evocador de las épocas coloniales, por el silencio de sus calles y el religioso fervor de sus habitantes.

Empero, la capillita desmoronábase, y el padre Pascual vanamente exhortaba a su feligresía desde el púlpito; en vano les pintaba los horrores sufrimientos del Averno; los campesinos, tacazos, limitábanse a rezar su misa y dejar su cobre en la alcancía de las ánimas; pero nada más que un cobre.

El pobre cura se desesperaba y con él su sobrino Cayetano, un muchachote calabrés de ensortijada cabellera y negros ojos de brigante, que le servía de sacristán.

Las limosnas escaseaban, y los dos italianos representantes de Dios, debían contentarse con sus habituados "macaroni", ellos que soñaron paladeando sabrosos pollos y delicados manjares!

Los nüñenses no se mostraban muy dispuestos a sacrificar su bolsa por su alma; buenos creyentes eran; ellos oían su misa dominical, caminaban muy circunspectos detrás de la procesión del Carmen, hacían comulgar a sus hijos y dejaban su cobre en la alcancía para que el buen padre Pas-

cual sacase ánimas del purgatorio. Mas aquella parquedad en las limosnas, traía pensativo al párroco...

Una noche, la tertulia del café del pueblo sintióse conmovida por la nube: Don Crisóstomo, un respetable y acaudalado nüñense, entró despavorido: ¡había visto un fantasma!

La parroquia se inmutó; buenas gentes de paz, el notición les entraba en los poco duros corazones, no acostumbrados al peligro, como si se los traspasase un hierro. ¡Y qué peligro: un fantasma! ¡No sería una alucinación de don Crisóstomo? Este protestaba:

—¡Qué, no creen! ¡Salgan, salgan! Nadie se movió.

—Salgan—repetía don Crisóstomo.—Ya se verán con él. Grande como un alamo, todo de blanco. Me corrió como cien metros.

—¡Y dónde lo vi?

—Allí no más, saliendo un poco de las casas. Yo volvía de mi campo, hoy se me había anochecido...

Muchos creyeron; mas otros fueron se dudando.

Ah, pero al otro día, domingo, ya no dudaron más. Desde el púlpito, el propio párroco dió la noticia a sus espantados feligreses: por General Nuño rondaba un fantasmón blanco; su sobrino lo había visto! Y después de la noticia, el buen padre, convertido en un inspirado profeta, en un iracundo Isaías, rugió:

—¡He aquí las consecuencias de vuestra falta de caridad, de olvidar a las pobres ánimas que gemen en los más horrores sufrimientos; el Creador ha mandado una de ellas para recordaros vuestros deberes; ¡temblad!

Y tembló la ingenua feligresía. Aquel domingo el padre Pascual y su sobrino Cayetano, con los ojos relampagueantes y el corazón que les saltaba de júbilo, hicieron una pingüe cosecha en la alcancía de las ánimas.

Periódicamente, los sábados a la hora del crepúsculo, el fantasmón blanco daba una corrida a algún campesino que se retrababa, y el domingo llenaba la alcancía de monedas, entre las cuales los temblorosos dedos del buen cura pesaban no pocos billetes.

El terror cundía, y los sábados, con el sol alto ya, regresaban los campesinos a encerrarse, temerosos del fantasma.

Y éste comenzó a excederse enton-



CACAO
"Paulista"
SANO
Y
NUTRITIVO

Sec. Premios: Av. de Mayo 864

ces: entraba a los corrales y se llevaba las mejores gallinas; de los huertos, las frutas más maduras. Una noche carneó un cordero, otra degolló un cerdo...

Ah, eso se hacía intolerable, ya los vecinos de General Nuño, capitaneados por el farmacéutico don Cátulo, un español liberal, comenzaron a sublevarse. Las limosnas no surtían efecto alguno; pero seguían cayendo copiosamente en la alcancía de las ánimas.

Don Cátulo, el farmacéutico liberal, resolvió concluir aquello. Un sábado se reunirían en el café, armados, e irían a buscar al fantasma.

—¡Ya verán!—anunciaba don Cátulo.—¡Ya verán si aparece!

El sábado a las diecisiete, era la hora de la cita. Don Cátulo esperó en vano en el café. Ninguno de los expedicionarios en ciernes asomóse.

Al otro día, desde el púlpito, exhortó el cura a sus creyentes para que hicieran desistir al temerario farmacéutico.

—¡Eso es desafiar a Dios, es desafiar a Dios!—clamaba.

Interpusiéronse influencias; pero en

vano. Don Cátulo no era muy boquiabierta, por el contrario, si se le ponía una idea, la realizaba.

Y al otro sábado, seguido por la admiración temblorosa de todos, armado de un buen garrote, se echó pueblo afuera el valeroso farmacéutico.

—Dentro de una hora estoy de vuelta—dijo—y si encuentro al ladrón ese fantasma, lo traigo de las orejas.

Pero esperaron inútilmente. Don Cátulo no volvió aquella noche. Lo encontraron al otro día, muerto de una puñalada en el corazón.

¡Cómo pesó la alcancía el domingo siguiente! Las limosnas la llenaban de bote en bote. El padre Pascual, contento, dijo a su sobrino, el muchachote de ojos de brigante:

—¡Y esto nos quería quitar ese farmacéutico hereje!

El mozote no contestó; mas los ojos le brillaron con un fulgor siniestro.

Ernesto Morales

¿Es hereditaria la catarata?

Aunque muchos lo suponían, no se tenían hasta ahora pruebas precisas de que la catarata fuese hereditaria, pero el Dr. Cahuzac ha reunido una serie de documentos que prueban el fundamento de esa sospecha, pues en 45 familias observadas por el citado médico se cuentan 152 individuos atacados de cataratas.

Más curiosas aún son las observaciones hechas por el doctor inglés Mr. Wilson, en una familia. La bisabuela había tenido cataratas, dos hijos suyos las tuvieron también y otros cuatro permanecieron indemnes. La hija única del primer hijo padeció la

misma enfermedad, y de los ocho hijos del segundo hijo, cinco tuvieron la lesión y por último, entre los diez hijos de otro descendiente, ocho tuvieron opacidades del cristalino en diverso grado.

Gordon Marrie ha publicado la genealogía de dos familias danesas, una de las cuales fué seguida durante seis generaciones, y de los ciento diez y seis miembros de esta familia, treinta tuvieron cataratas. En la segunda familia, de sesenta personas que formaron cinco generaciones, cuarenta padecieron la enfermedad.

Las cataratas hereditarias parecen que se presentan más pronto, según van sucediéndose las generaciones. En una observación publicada por el gran cirujano upuytren, la madre había tenido las cataratas a los sesenta años, la hija a los treinta, un nieto a los diez y siete, y otros dos nietos a una edad más temprana todavía.

LA CLAVE

Para gozar de una buena salud consiste en economizar las fuerzas digestivas conservándolas intactas. Muchísimas personas que olvidan ese detalle sufren las dolorosas afeciones del estómago y sobrevenen entonces las gastralgias, dispepsias, hipercruridias, etc. Todas estas dolencias las cura rápidamente el bicarbonato catálico, tomando media cucharadita después de cada comida, producto que se halla en cualquier buena farmacia.



Vientos de mil años

En lo alto de la cuesta,
fúlgidos sauce y torcidas cruces.
¡Oh bello camposanto en Primavera!

Pedazos de ataúdes
y cuentas cristalinas
salpicaban el vasto dorso lúgubre.
Era todo el declive
sartas rotas, pedazos de ataúdes.
Negro y menudo polvo
arrastraba, al caer, cuentas azules.
¡Arriba el cementerio,
todo de oro purísimo de octubre,
y yo en medio del lecho del arroyo
sequizo! Ardiente nube
era el alma en el tercio mediodía,
contemplando caer cuentas azules.

Caía el fino polvo,
caía locamente
por el declive negro.
El camposanto parecía alegre
con sus hombres de polvo
y sus áureos cipreses...

Disgregarán los vientos
la luctuosa cuesta.
Los vientos de mil años
polvo la harán sobre la tierra.
Las lámparas de oro,
las altas cruces ferreas,
las tumbas, las cenizas y las lágrimas
polvo serán sobre la tierra,
dijeme, contemplando el cementerio,
en lo alto de la cuesta enorme y
negra.

¡También la Muerte pasa!
El infinito viento de la Vida
mundos y almas conduce, inexorable,
hacia sagrados cielos de alegría...

Arturo VAZQUEZ CEY.